





PAUL ALEXANDER

MAGIA CRUDA
UNA BIOGRAFÍA DE SYLVIA PLATH

Traducción de
Alberto Haller y Sonia Bolinches

Prólogo de Luna Miguel



BARLIN LIBROS
PENSAMIENTO AL MARGEN





Primera edición: marzo 2017

Segunda edición: febrero 2025

Primera reimpresión de la segunda edición: marzo 2025

Título original: *Rough Magic. A biography of Sylvia Plath*

© 1991, Paul Alexander

All rights reserved

© de la traducción, 2017

Alberto Haller y Sonia Bolinches

© de la cubierta, 2025

Irene Bofill

© del prólogo, 2017

Luna Miguel

© de esta edición

Barlin Project SL

Dirección editorial:

Alberto Haller

Edición de textos para esta edición:

Lucía Navarro Pla

Publicado por:

BARLIN LIBROS

Avda. Balears 61-20

46023 (València)

THEMA: DNBL

ISBN: 978-84-125763-2-0

Depósito legal: V-18-2025

Impreso en España

editorial@barlinlibros.org

www.barlinlibros.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares del *copyright*, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.





TABLA

Una Sylvia, todas las Sylvias

Prólogo de Luna Miguel

11

Prefacio

17

La hora azul

21

Otto y Aurelia

29

Wellesley

53

A cinco brazas bajo el mar

95

La condena de los exiliados

157

En el extranjero

201

Estrellas fijas

245

Inglaterra

283





La estación más amarga
319

Límite
335

Vida póstuma
379









UNA SYLVIA, TODAS LAS SYLVIAS

Un frío enero de 1962 las contracciones del útero de Sylvia Plath dieron paso al nacimiento del niño de tres kilos y medio que durante nueve meses habitó sus entrañas. Aquel bebé era Nicholas Hughes, su segundo hijo. A pesar de los empujones y del dolor, Plath lo miró a los ojos y se sintió satisfecha de aquella piel rosada, de aquella carne nueva. Lo cuenta ella misma en sus diarios: durante horas se quedó extasiada. Sentía que el sudor había dado sus frutos, que todo esfuerzo había merecido la pena por ese momento cálido. Por ese murmullo. Por ese olor. Por esa felicidad.

Qué extraño, ¿verdad?

Qué raro se hace aunar en un mismo texto el nombre de Sylvia Plath y la palabra Felicidad. Parece que la amistad entre esos dos conceptos sea imposible. A saber: el concepto *Felicidad* evoca euforia y alegría, mientras que el concepto *Sylvia Plath* nos recuerda inevitablemente a la depresión, la inseguridad, la locura e incluso la muerte. Pero Plath, la poeta maldita, la poeta suicida y de versos crudos, también llegó a ser feliz en múltiples ocasiones. Y eso es algo de lo que apenas se habla, quizá porque desde que la escritora se suicidara en 1963, todo cuanto gira a su alrededor tiene tintes oscuros.

Porque ¿quién fue realmente Sylvia Plath? Eso es algo que difícilmente alcanzaremos a adivinar.

Podríamos decir que Plath fue una poeta estadounidense que encontró el amor en Reino Unido y que escribió poemas difíciles con los que hacía vomitar a su conciencia, pero también la sosegaba. Podríamos decir que Sylvia Plath fue una madre ejemplar, salvo por el pequeño detalle de que un día, cansada de las infidelidades





de su marido, encerró a sus hijos en su habitación para asegurarse de que no la encontrasen muerta, con la cabeza en el horno. Podríamos decir que Sylvia Plath fue una desgraciada toda su vida, pero no porque ella fuera altiva —o gafe o, como dicen, estuviera mentalmente enferma—, sino porque su carácter exigente chocaba con ese mundo misógino y esa sociedad restrictiva que le había tocado soportar. Podríamos decir que Sylvia Plath fue una mujer adelantada a su tiempo. O que quizá hubiera sido más justo para ella haber nacido en otra época en la que sus anhelos fueran más, cómo decirlo... ¿realizables?

Es cierto: nunca sabremos nada de Sylvia Plath.

No lo haremos porque su vida siempre ha sido mirada desde un prisma particular: el de la locura, el de la maternidad, el de la poeta maldita, el de la mujer maltratada de Ted.

De hecho, será muy difícil que conozcamos a la poeta Plath, si ella misma, aún en vida, no llegaría a enfrentarse ni por asomo a ese profundo reconocimiento y fanatismo que hoy se le profesa.

La Sylvia Plath de hoy no es la Sylvia Plath de entonces.

La Sylvia Plath «icono del feminismo» no es la Sylvia Plath bajo el yugo del patriarcado.

La Sylvia Plath «corriente literaria “femenina”» no es la Sylvia Plath de un masculino *Ariel*.

La Sylvia Plath «mujer maldita» no es la Sylvia Plath que solo quería vivir, escribir y *ser* junto a sus seres amados y en su tranquila rebeldía.

Quizá por esa razón, para poder estudiar a la Plath de entonces antes de seguir inventándonosla o adorando a las Plaths idealizadas del presente, sea tan importante el trabajo de biógrafos como el que firma el libro que nos ha traído hasta este lugar.

No contento con las versiones y revisiones de la vida de la poeta que se venían dando en la crítica y en el periodismo, y fascinado también por la obra de Sylvia Plath —de la que además fue editor—, el profesor y ensayista estadounidense Paul Alexander se decidió a escribir *Magia cruda*: una biografía extensa y única hasta la fecha de Plath, en la que trata de ahondar en los episodios menos conocidos de su paso por el mundo.





De esta manera, Alexander hizo algo que pocos hasta la fecha habían hecho: construir un relato de Sylvia Plath que fuera más allá de su personalidad o de su obra, y sobre todo que fuera mucho más allá de su relación tumultuosa con Ted Hughes.

Aunque en el prefacio de *Magia cruda* Alexander ya se posiciona en esta eterna lucha —pelea que huele a preguntas infantiles del estilo: «¿A quién quieres más, a mamá o a papá?», «¿a quién quieres más, a Sylvia o a Ted?»— a favor de Plath y con escepticismo hacia los del apellido Hughes, una de las cosas más brillantes de su biografía es su capacidad para dar una visión global y no sesgada de los capítulos que aborda en la vida de la poeta.

Este libro, publicado originalmente en 1991, vio la luz por primera vez 7 años antes de que Ted Hughes muriera, y también mucho tiempo antes de que el Nicholas Hughes, hijo de ambos, decidiera suicidarse tal y como hiciese su madre.

Para Paul Alexander una de las claves del análisis de la vida y obra de Plath fue la familia. De hecho, él construye su relato a través de cerca de trescientas entrevistas a escritores, editores, estudiosos y, sobre todo, familiares de la autora. Según él, Sylvia Plath no sería quien fue sin la influencia de sus abuelos, su madre y, sobre todo, su padre, una figura fundamental no ya en su día a día, sino también como sombra latente y temida entre el resto de sombras que atravesaban su obra.

Otro de los grandes logros de esta biografía de Paul Alexander —consciente o inconsciente—, es el de abordar el retrato del mundo Plath desde la felicidad.

Una felicidad construida a base de escenas cuidadas. Una felicidad que el mito de la poeta a menudo borró del mapa, pero que residió en pequeños detalles que el autor remarca: su amor heredado por las abejas, su pasión por exponer su cuerpo al sol de las playas estadounidenses, su reducido y agradable grupo de amigos escritores, la primera carta de un importante editor anunciando que publicaría sus poemas y, cómo no, el nacimiento de sus dos hijos después de haber tenido que enfrentarse a un triste aborto.

Magia cruda, de hecho, podría haberse titulado también *Alegría oscura*, o *Felicidad cruda*, o incluso *Sonrisa rota*. Una bipola-





ridad que define a la perfección el mundo de la poeta. Un bonito horror que se ajusta a la imposibilidad de hablar de ella desde la certeza o la claridad. Un mundo que si es oscuro es solo por la amplia variedad de grises que este comprende.

Mágico como un útero.

Crudo como un parto.

Y acto seguido: las entrañas de Sylvia Plath.

LUNA MIGUEL

Barcelona, enero 2017.





Mas de esta magia cruda aquí abjuro.
Y cuando haya conseguido una
música celestial, como ahora reclamo,
para que el hechizo aéreo obre según mis fines
sobre los sentidos de esos hombres,
romperé mi varita,
le daré sepultura muchas brazas bajo tierra
y en profundidades inalcanzables
para una sonda sepultaré mi libro.

WILLIAM SHAKESPEARE

La tempestad, Acto V, escena I







PREFACIO

Leí la obra de Sylvia Plath por primera vez en 1974, cuando era estudiante de segundo año en la universidad. De inmediato, me vi sacudido por la carga emocional de sus poemas y la fuerza inusual de su lenguaje. A lo largo del semestre leí una y otra vez esos versos que tanto me habían cautivado —*Morning Song*, *Blackberrying*, *Elm*, *Edge*—, y me transportaba a un mundo vivo y expresivo que me hacía sentir rabia, simpatía y admiración. Aun así, mi conexión con ella no vino a través de ningún tipo de identificación personal. Por aquel entonces no tenía impulsos suicidas ni nunca los había tenido; no soy mujer, ni mi padre murió cuando tenía ocho años. Simplemente me rendí a la belleza de su estilo. Años después, movido por una profunda admiración, edité *Ariel ascending*, una antología de ensayos sobre su vida y obra que se publicó en 1985. Fue durante la investigación que hice para ese trabajo cuando se me ocurrió la idea de escribir una biografía.

Para elaborar este libro me sumergí de lleno en los dos mayores archivos que existen sobre Plath: el de la Smith College y el de la Universidad de Indiana. También recolecté información de otras muchas universidades y bibliotecas con pequeñas colecciones dedicadas a su obra. Realicé cerca de trescientas entrevistas individuales a personas que la conocieron, muchas de las cuales nunca habían hablado de ella de manera pública hasta ese momento. Cito con frecuencia palabras de esas conversaciones, aunque he sido muy comedido a la hora de mencionar directamente las de la propia autora. Palabras que, en definitiva, me llevaron a querer escribir esta biografía. El motivo de que lo evitase es sencillo y complejo al mismo tiempo.





Sylvia murió sin dejar testamento. Su marido, Ted Hughes, de quien estaba separada en el momento de su muerte, en 1963, heredó el *copyright* de toda su obra: tanto lo publicado como lo no publicado. Al poco, Hughes nombró a su hermana, Olwyn Hughes, encargada de gestionar esos derechos. Esta decisión resultó extraña para muchos de los que conocieron a la poeta. Algunos fragmentos que la propia Olwyn escribió a Clarissa Roche —amiga de Plath—, citados en un artículo en un periódico londinense, sugieren que a lo largo de los años Olwyn Hughes había tomado partido de manera sesgada con respecto a su excuñada: «Creo que era puro veneno. Dios me libre de que esto llegue a afectar a los niños». Uno puede suponer que los hermanos Hughes, quienes controlan la totalidad del archivo de la obra de Sylvia, son cualquier cosa menos espectadores imparciales en todo este asunto.

Desde la muerte de Plath, cuando alguien ha pedido permiso a los herederos para citar algún fragmento de su obra, los hermanos Hughes han requerido, en numerosas ocasiones, cambios sustanciales a cambio de la concesión. En vista de este panorama, pronto decidí que no me expondría a las posibles limitaciones que pudiesen imponerme, por lo que no cité nada de fuentes no publicadas. A pesar de ello, mucha de la información contenida en esta biografía proviene en un modo u otro de dicha documentación. Asimismo, tomé la decisión de no citar demasiado obras ya en circulación, para lo cual también tendría que haberles pedido permiso.

Aun así, fui consciente de que no podría excluir a Ted Hughes de esta biografía. En septiembre de 1988, en uno de los tres viajes de investigación que realicé a Inglaterra, escribí a Hughes, al que ya había conocido anteriormente en Boston y Nueva York, para pedirle una entrevista: «Quisiera saber si se reuniría conmigo —le dije, y le informé de que en breves estaría en North Tawton, lugar donde todavía reside en la casa que él y Sylvia compraron a principios de los sesenta—. Que la conversación se grabe o no dependerá de usted, no es relevante para mí. Pero me gustaría, al menos, reunirme con usted mientras esté en Inglaterra con el propósito



de tratar el perfil que estoy reconstruyendo de Sylvia». Pocos días después obtuve mi respuesta: «No creo que se sorprenda al saber que no tengo ningún interés en nada relacionado con ningún trabajo biográfico sobre SP, salvo el de realizar todas las acciones posibles para protegerme de cualquier consecuencia legal que de ello pueda derivarse», me escribió. «Y espero que no le suene demasiado extraño si le digo que esta casa es el lugar donde más a salvo puedo mantenerme de las convulsiones y estupideces que surgen en los debates públicos sobre Sylvia. Deseo que siga siendo así [...] en cualquier caso, ¡suerte con sus investigaciones!».

Respondí a Hughes a principios de octubre: «No puedo decir que esté sorprendido por sus palabras —le dije—. Sin embargo, esperaba que usted quisiese hablar conmigo sobre ciertas situaciones que los dos vivieron juntos con el fin de poder detallarlo mejor en mi libro. Aclarar ciertas cosas, digámoslo así...». En la carta incluí una dirección temporal en Londres donde podría encontrarme si cambiaba de opinión. Nunca más volví a saber de él.





LA HORA AZUL¹

El paisaje que rodea la casa de campo en Devon permanece en silencio, como si estuviera muerto. Algo típico de primera hora de la mañana. A uno de los lados de la casa, un patio oscuro da paso a un trozo de tierra desnuda donde en verano crecen flores y hortalizas de jardín. Más allá, se erigen hacia el cielo las formas de unos árboles sombríos, todavía sin hojas, que rompen la línea del horizonte. La luz tenue, aparte de la que proporcionan las estrellas dispersas, proviene de una luna baja que ilumina un grupo de cerezos que crecen en la loma junto a la casa. En la oscuridad, los límites se desvanecen y la escena aparece borrosa y desenfocada. La quietud de la mañana se extiende también por el interior de la vivienda. En uno de los cuartos del piso de arriba, dos niños pequeños —una niña que todavía no llega a los tres años y un bebé de apenas diez meses— duermen tranquilamente en sus camas. En el piso de abajo, en una habitación reconvertida en estudio, la única otra persona que hay en la casa, una mujer joven, se inclina sobre su escritorio. Su cuerpo es delgado y su piel pálida y blanquecina. Lleva meses perdiendo peso de manera constante. Su pelo, largo y castaño, le cae desaliñado sobre los hombros. Está sentada en el borde de la silla, absorbida en su tarea, sus ojos examinan una serie de documentos diseminados por la mesa. De vez en cuando se queda absorta mirando por la ventana. No quiere perderse el paisaje iluminado por las luces justo antes del amanecer: la luna nítida, los árboles desabrigados y las figuras difusas de las lápidas que se alzan en el cementerio que hay justo

¹ *La hora azul* es como se conoce, especialmente en el campo de la fotografía, a la luz de primera hora de la mañana o la de la última hora de la tarde, justo antes del anochecer. Es una luz fría de tonalidades azuladas.

(Todas las notas son de los editores).





entre la casa y una pequeña iglesia de piedra del siglo XII. No suele hacer este esfuerzo a menudo. Sin embargo, puesto que tiene que continuar con su trabajo, ha decidido levantarse a las cuatro de la mañana. No es algo nuevo. Lleva haciéndolo varias semanas, porque en el momento en que los niños se despiertan, sobre las ocho, tiene que parar de escribir y dedicarles atención plena; tanto a ellos, como a las decenas de tareas propias del cuidado de la casa. Además, ahora que su marido y ella se han separado, siente una responsabilidad mayor hacia ellos. El pequeño, todavía un bebé, permanece ajeno a los traumáticos hechos de la ruptura. Sin embargo, la niña, más mayor, parece hallarse en un estado de grave abatimiento. La mujer, que algún día será reconocida por el gran público —aunque de momento no es considerada más que una joven promesa de la poesía—, se enfrenta a un miedo crónico al abandono, engendrado a los ocho años tras la prematura muerte de su padre. La poesía ha sido su único salvavidas desde entonces.

Aquel día, martes 16 de octubre de 1962, Sylvia Plath trabaja en un poema que, cuando lo termine, titulará *Medusa*. Lo escribe del mismo modo en que ha escrito sus composiciones más recientes: con aguda y esmerada atención, apremio, extenuación, volcándose en cada línea, en cada palabra... Este poema en concreto progresa con una lentitud poco habitual, pues ha estado resfriada casi toda la semana de sinusitis con una fiebre baja, aunque constante, combinada con escalofríos. Casi cualquier persona en su estado habría dejado de lado el trabajo para dormir más horas, pero no es su caso. Ahora está sola frente a las obligaciones de mantener una casa de campo, supervisar al servicio que tiene contratado a media jornada y cuidar de los niños. Ante esta situación, las únicas horas de paz con las que cuenta son entre las cuatro y ocho de la mañana. Así, a pesar de estar enferma, no le queda otro remedio más que despertarse temprano para escribir. Para su sorpresa, desde que ha seguido este horario ha logrado resultados asombrosos. Casi un poema al día, algunos de ellos los mejores que escribirá jamás.

El método de escritura que sigue es sencillo. Cada mañana se sienta en su estudio frente al escritorio y, apoyándose sobre un pri-





mer borrador de *La campana de cristal*, novela que pronto verá la luz en Inglaterra bajo pseudónimo, esboza a mano y luego pasa a limpio con su máquina de escribir cada una de las partes del poema. Llegado a cierto punto lo considera acabado. En las cuatro horas que saca cada mañana para escribir, reelabora sus poemas una y otra vez. En ocasiones hasta diez veces. Pero una vez uno está acabado, así se queda; pocas veces vuelve un segundo día sobre una composición ya terminada. Trabajando de esta manera, Plath ha escrito a lo largo de los últimos diecisiete días, entre otros, *Daddy*, *A Birthday Present*, *The Applicant*, y una serie de cinco poemas sobre apicultura que agrupará bajo el título de *Bees*.

Mientras redacta *Medusa*, reflexiona sobre sus trabajos más recientes. Está convencida de que acaba de hacer un adelanto importantísimo en su modo de escribir, de haber alcanzado un nuevo nivel: «Soy una escritora de gran talento; me acompaña una gran lucidez —le escribiré ese mismo día a su madre en una carta—. Ahora mismo estoy escribiendo los mejores poemas de mi vida. Gracias a ellos me haré célebre». A pesar del tono aparente de seguridad, no imagina hasta qué punto sus palabras se harán realidad. Ni siquiera es capaz de sospechar que llegarán días en que, bajo la sombra alargada de su muerte, su colección póstuma de poesía será leída por un gran número de lectoras que encontrarán en su vida y obra una fuente de inspiración feminista. O que cuando *La campana de cristal* se publique en Estados Unidos con su nombre real, será la sensación editorial de 1971 y que ocupará la primera posición de la lista de *bestsellers* de *The New York Times* durante nada menos que seis meses. O que la publicación de la compilación de sus poemas y escritos se anunciará como un acontecimiento literario de primera magnitud. En octubre de 1962, a pesar de tener la feliz sensación de que sus últimos poemas son excepcionales, solo sabe que en esos momentos se siente empujada a escribirlos. Sin importar lo que suceda, se levanta cada mañana bien temprano para hacer frente a *esa hora azul, casi eterna*, expresión que utilizará para describir la singular combinación de oscuridad y silencio que la absorbe cuando el amanecer despunta en Devon.



Cuando acaba de escribir *Medusa*, se da cuenta de lo poco que se parece en su enfoque a los otros poemas escritos a lo largo de ese mes. A diferencia de *Bees*, en donde la parte autobiográfica parece un calculado melodrama; o en *Daddy* y *The Applicant*, donde esa misma parte personal guarda unos tintes oscuros que casi parecen impostados; *Medusa* posee una construcción potente e ingeniosa. Un narrador ficticio padece las llamas de una angustia imaginaria y habla en un lenguaje emocional y directo. El repulsivo monstruo Medusa, temida gorgona, cuya simple mirada es capaz de convertir a cualquier mortal en piedra, ataca al protagonista del poema —el yo—. El narrador, asediado, se siente horrorizado, y todo lo que es capaz de hacer es recular ante el avance de la terrible criatura. Irónicamente, es justo lo contrario de lo que sucede en el mito griego original, pues Perseo mata a Medusa cortándole la cabeza con una espada. Para Plath, dichos actos de valor resultan imposibles. En su reconstrucción del mito, el protagonista acaba desempeñando el papel de víctima.

Plath nunca escribió textos autobiográficos en un sentido estricto. Aun así, en la tensa voz del narrador de *Medusa*, sentimos cómo reverbera el intenso dolor que sentía mientras lo escribía. Enferma físicamente y oprimida en lo emocional, su poema es la metáfora de haber alcanzado el límite. Es probable que la crisis vital que padecía entonces comenzase un par de años antes, en abril de 1960, cuando dio a luz a su hija. Bajo la atenta supervisión de una matrona, parió en casa sin anestesia ni analgésicos. En los meses que siguieron al parto, se volcó de lleno en preparar la publicación en Inglaterra de su primer volumen de poesía, *El Coloso*. Sin embargo, todo su entusiasmo se apagó de golpe cuando en octubre de ese mismo año —mes de lanzamiento del poemario—, la crítica británica lo ignoró por completo. Aunque sí se escribieron un par de reseñas, el tono fue frío: «Debe criticarse el más que desconcertante sesgo en gran parte del trabajo de la Sra. Plath —comentó Thomas Blackburn en diciembre en el *The New Statesman*, dando voz al escepticismo de gran parte de la crítica hacia la obra—. Su imaginación tiende a desbordarse, convirtiendo cada poema más que en una experiencia individual, en una se-



rie de intrigantes “gemas literarias”». Sylvia había dedicado gran parte de su vida adulta a la redacción de esa obra. Que al publicarla pasase inadvertida fue un durísimo golpe para ella: «Puesto que no he recibido premio alguno y no tengo un editor en Estados Unidos capacitado para promocionar allí la obra, lo más probable es que no me reporte ningún beneficio —escribió en una carta a finales de 1960, en la que *a posteriori* añadía con una franqueza imperturbable que no lograba ocultar su decepción—: Bueno, no deja de ser un buen libro para regalo».

Y si 1960 fue duro para Sylvia, los siguientes dieciocho meses fueron todavía peores. Tras sufrir un aborto y ser operada de apendicitis —en febrero y marzo de 1961 respectivamente—, dedicó gran parte de lo que quedaba de año a terminar de escribir *La campana de cristal*. En otoño se mudó con su marido y su hija de Londres a una espaciosa, señorial y decadente casa rural a un par de horas al sur de la ciudad, en North Tawton, condado de Devon. Allí, tan solo unos días después de haber comenzado el nuevo año, dio a luz a su segundo hijo, esta vez un niño. En tan solo treinta meses Plath había tenido tres embarazos, aunque solo dos de ellos habían llegado a buen puerto. Pero el golpe más duro que recibiría llegó en julio de 1962, la tarde en que accidentalmente se enteró de que su marido de seis años, el hombre al que había emplazado como el centro de su particular universo, la estaba engañando con otra. Traicionada e insultada lo echó de casa entre arrebatos de ira. Y así permaneció la situación todo el mes de agosto. A principios de septiembre, la pareja se fue de vacaciones sin los niños a Irlanda, aunque este intento a la desesperada por reparar el matrimonio no funcionó. Transcurridos cuatro días de vacaciones, y según las palabras de Plath, su marido la abandonó para regresar a Londres junto a su amante. En octubre, el matrimonio casi había terminado. Él recogía sus pertenencias y ella ya había comenzado a buscar apartamento en Londres para mudarse junto a sus hijos. Acordaron iniciar los trámites de divorcio.

Así, aquella mañana de octubre de 1962, mientras da los últimos retoques a *Medusa*, Plath se siente plenamente identificada





en el rol de víctima. En su mente, esté o no justificado, siente que encarna en profundidad el significado de esa palabra.

Más tarde, ese mismo día, con el poema ya acabado y los niños despiertos, Sylvia llevará a cabo sus tareas cotidianas con total normalidad. Alimentará y cuidará de sus hijos y realizará algunas labores menores en el patio del jardín. Pero, en algún momento a primera hora de la tarde, comenzará a sentirse angustiada. Para tratar de calmarse escribirá una carta a su madre, quien todavía vive en Wellesley (Massachusetts), pintoresco suburbio de Boston donde Plath pasó gran parte de su infancia. A pesar de que las casi mil cartas que había escrito a su madre a lo largo de la década desprendían cierta alegría y optimismo, esa tarde será incapaz de fingir un atisbo de emoción. Simplemente se siente incapacitada para refrenar un segundo más su desesperación, la cual suele guardar para la intimidad de su diario: «No puedo ir a ningún sitio con los niños —su madre le había sugerido hacía poco que viajase a Wellesley con ellos—, y estoy enferma. Siento que lo peor que puedo hacer ahora psicológicamente es ir a verte», escribe en un principio, aunque luego se mostrará más autoindulgente. Ansía la compañía de su familia, anhela que haya alguien a su lado para ampararla mientras la asalta a diario un irrefrenable sentimiento de rencor. Desea que la cuiden si el calvario del divorcio la derrumba. Sueña con la seguridad del hogar, dice, pero no se imagina abandonando la protección de su refugio inglés. De este modo, propone que Dorothy, una de sus tías; Margaret, su nueva cuñada a la que ni siquiera conoce; o quien sea que esté disponible, viaje a Inglaterra con ella unas seis semanas. En su desesperación se ofrece a pagar el billete y los gastos del viaje a quien la acompañe. El dinero en realidad no lo tiene, pero lo conseguirá como sea. Esta súplica de ayuda, algo totalmente impropio de su carácter, pondrá en alerta a su madre sobre el agudo nivel de estrés mental de su hija. Sin embargo, Sylvia ignora por completo, o tal vez solo desea permanecer ajena, la fuerte inquietud que su carta va a despertar. En cuanto termina de escribirla, la manda.





Esa misma noche la invade un profundo sentimiento de soledad. Para tratar de contrarrestarlo, escribe una segunda carta a su madre. En ella Sylvia ruega que Margaret viaje junto a ella de inmediato: «¿Es de lunática pedir que venga aquí la mujer de Warren?». Le preocupa expresarse como una demente, aunque en esos momentos lo hace. Se siente enferma y agotada, admite, y a veces incluso delirante. «Todo estará mejor en primavera, cuando el tiempo sea agradable, los niños y yo nos encontremos mejor y los amigos y familiares vengan de visita —especula—. Si tuviese a alguien que me ayudase con mis problemas. Si Margaret estuviese aquí tan solo seis semanas...». Termina esa segunda carta mandando su amor a todos ellos, su familia.²

Una vez terminada la segunda carta y lista para enviar, Plath se va a dormir. Horas después, a las cuatro de la mañana y a pesar de estar enferma, se levanta y escribe un nuevo poema: *The Jailer*. Un monólogo de una enorme tensión psicológica narrado por un prisionero acerca de su carcelero. Unos versos que estremecen por su honestidad y su implacable desesperanza.

Cuatro meses después de este episodio, el 11 de febrero de 1963, Sylvia Plath, asolada por la fiebre, la sinusitis y una profunda depresión —provocada en parte por los acontecimientos del verano y el otoño del 62—, lleva a cabo con éxito lo que ya había intentado al menos una vez: suicidarse. En los años posteriores a su muerte, los poemas que había escrito aquellas tranquilas mañanas de octubre al albor de la hora azul la catapultarán a la fama, y le otorgarán el reconocimiento, prestigio y honor que con tanto fervor había buscado en vida.

² El mismo día en que la madre de Sylvia recibió esas cartas, escribió un telegrama a un amigo en Devon. En él daba instrucciones detalladas para que contratase de manera inmediata un ama de llaves a tiempo completo para su hija. Una solución provisional para su problema, creía y esperaba. «Nosotros pagaremos su salario», especificaba en el telegrama.







OTTO Y AURELIA

1

A finales del semestre de primavera de 1930, un atractivo profesor alemán daba clase a una docena de estudiantes de espaldas a la pizarra. El año había ido bien. Aquel profesor de alemán y biología era una verdadera leyenda en el campus. Así lo atestiguan las citas del anuario. En 1926: «Lo entrevistamos: “¿Cuál es tu interés principal?”. Sonrió. “Las abejas”, respondió. “Sí —insistimos—, pero ¿cuál es tu... tu ambición?”. Sonrió de nuevo. “Las abejas”, contestó. “Lo que queremos decir es —le explicamos con paciencia—, ¿cuál es tu pasión?; ¿con qué sueñas?”. Volvió a sonreír, enseñando bien los dientes... Nos fuimos de allí con la sensación de haber hablado con una especie de Hamlet demente revoloteando en torno a Polonio y diciendo “b-z-z-z-z-z”. En 1927: «Hace tiempo un joven de ojos redondos se sentó en la clase de un profesor adjunto de origen alemán en un caluroso día de junio. Al rato, el profesor se apoyó en la mesa delante de él y miró por la ventana hacia un grupo de abejas que sobrevolaban los tréboles. Sus compañeros lo apodaron *Bienen-König*.³ Todavía hoy prorrumpe en expresiones alemanas cuando habla de langostas y miel silvestre». Aunque estas anécdotas palidecen si se las compara con el experimento de la rata que año tras año llevaba a cabo con sus alumnos. Para demostrar lo absurdo que puede llegar a ser el ser humano, el profesor desollaba una rata muerta, desprendía su carne y la salteaba en una sartén mientras sus alumnos lo observaban horrorizados. A continuación, se comía los trozos: «Puede que la carne de rata se perciba como algo repugnante e incomedible —declaraba ante la aterrada audiencia mientras masticaba efusivamente—,

³ «Abeja reina» en alemán.



pero en realidad no es distinta de la de conejo, que es consumida como una *delicatessen* desde tiempos inmemoriales».

En ese día de finales de semestre, mientras daba la lección, el profesor no podía evitar mirar a una mujer joven que había llamado su atención desde el primer día de clase. A pesar de que durante todo el año había sido precavido como para que el trato con ella no hubiese sobrepasado lo estrictamente profesional, estaba convencido de que, en cierto modo, la conocía muy bien. Era una romántica, aunque nunca llegaba a desligarse de la realidad gracias a su poderoso sentido práctico. Actuaba con gran dignidad —su cara redonda personificaba una naturaleza franca y directa—, y, a pesar de ello, era una persona tímida. Tenía las cualidades propicias para aparentar ser ingenua y aprovecharse de ello y, sin embargo, no lo hacía. La ingenuidad, como cualquier rasgo, tiene una función y esa no era su estrategia.

A lo largo del año, Aurelia Schober también se había fijado en su profesor, Otto Plath. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era alto, apuesto y con una imponente presencia frente a la clase. Sus penetrantes ojos azules y unos labios carnosos enmarcaban el ancho rostro. Tenía el pelo corto, castaño y siempre iba peinado a la última moda. Aunque Aurelia no era la única: casi todas las estudiantes adoraban a su profesor. En los pícnicos del Departamento de Alemán la actividad principal de muchas de ellas consistía en flirtear con él: «Dígame, Sr. Plath. ¿Qué clase de insecto es este?», preguntaba una de las alumnas mientras llevaba un gusano extraño ante él. Plath respondía con el nombre en latín. Pero a pesar del deseo secreto de Aurelia por su profesor, ¿qué iba a hacer? En la América de la década de los treinta, una mujer joven no tenía la potestad de iniciar una relación con un hombre. Y muchísimo menos con uno que podría ser perfectamente su padre.

Después de cada clase, Aurelia trataba de apartar a Plath de sus pensamientos mientras atravesaba a pie el campus en el que había pasado la mayor parte del tiempo los últimos seis años. En el otoño de 1924, cuando entró como estudiante en la Universidad de Boston, su padre lamentó que hubiese decidido estudiar una carrera de futuro tan incierto. En lugar de inscribirse en un





plan de estudios con inglés y alemán, decidió hacerlo en asignaturas de carácter vocacional. Mientras trabajaba en empleos precarios que la ayudaban a complementar la beca de la universidad, mantuvo un rendimiento académico excelente. También participó en diferentes actividades extracurriculares, como el Club de Inglés, el Club de Escritores, la Junta de Gobierno Estudiantil, el Club de Alemán —en el que ejerció de vicepresidenta y de presidenta—, y como editora jefe del anuario escolar: «El Club de Alemán casi pierde a un miembro sensacional de su equipo a favor de la edición del anuario —escribieron sus compañeros a pie de foto ese año—. Aunque finalmente Aurelia fue capaz de ejercer ambos cargos de manera admirable». Los miembros del equipo del anuario nunca olvidarían las reuniones del consejo editorial junto a ella, sus sutiles reprimendas y sus entrañables palabras de alabanza y aprobación. Al graduarse, Aurelia obtuvo las mejores notas de la promoción de 1928 en la Facultad de Arte y Letras, por lo que entró directamente en el *ranking* histórico de los mejores estudiantes. De esta manera, mejoraba incluso el rendimiento que ya había tenido en su etapa de estudiante de secundaria, donde se había graduado con la segunda mejor nota de toda la clase.

Una vez licenciada, Aurelia Schober se dedicó a enseñar inglés y alemán. Aceptó un puesto de profesora en el Instituto Melrose, aunque apenas había comenzado cuando decidió seguir estudiando un máster. Se matriculó en la Facultad de Artes y Ciencias Liberales de la Universidad de Boston en el otoño de 1929. Fue allí donde conoció a Otto Plath, a quien le pidió que fuese tanto su consejero académico como lector de su tesis. A lo largo del año, la relación entre ambos nunca rebasó el carácter de lo académico, por lo que cuando ella fue a su despacho el día después de acabar el semestre de primavera para agradecerle su ayuda, se quedó atónita cuando él la invitó a una fiesta en casa de Joseph Haskell, un colega de su departamento. Según le dijo, él y su mujer Josephine le habían pedido que llevara acompañante a aquella despedida del semestre en su casa de campo. Y era ella, Aurelia, con quien Otto deseaba acudir. Por un instante se quedó sin palabras, aunque finalmente respondió: «Será un placer acompañarle... Será divertido».





En casa de los Haskell, Otto le explicó a Aurelia que, a pesar de haberse sentido atraído por ella a lo largo del curso, William Marshall Warren, decano de la facultad, le había pedido que no mostrara sus sentimientos hasta que no hubiese obtenido el título. Además de sentirse atraído por su belleza, le confesó, también admiraba su enorme inteligencia; su tesis, *La figura de Paracelso en la historia y en la literatura*, estudio sobre el controvertido físico de origen suizo al que muchos consideraban el padre de la química moderna, estaba entre las mejores que había leído en mucho tiempo. Conforme transcurría el fin de semana, Otto comenzaba a sentirse más y más a gusto en compañía de Aurelia. Le reveló que, a pesar de su *vida de soltero*, legalmente seguía casado con una mujer a la cual no había visto en treinta años; mujer de la cual desearía estar divorciado, ya que quería volver a casarse en algún momento. A pesar de su sinceridad, Otto no mencionó el nombre de su mujer —Lydia Clara Bartz—, ni su paradero —Wisconsin—. Tras aquella confesión, Otto no volvería a mencionar a su esposa.

Al terminar el fin de semana, Aurelia estaba fascinada con el profesor Plath. Antes de despedirse, él le sugirió que siguieran en contacto y ella fue incapaz de negarse. Durante las vacaciones de verano, puesto que Plath enseñaba en la universidad de verano en Boston y Schober trabajaba como directora comercial de un campamento para niños desfavorecidos en Pine Bush (Nueva York), comenzaron a mantener una intensa correspondencia en la que él fue desgranando aspectos relevantes de su historia personal.

El 13 de abril de 1885, en el pueblecito de Grabow (Alemania), nació Otto Emil Platt. Fue el primero de los seis hijos de Theodore, herrero de profesión, y Ernestine, una mujer profundamente melancólica, lastrada por la sobrecarga familiar y una úlcera en la pierna que nunca llegaría a sanar. En el verano de 1900, la reforma agraria y la incipiente industrialización en Alemania habían comenzado a devaluar la profesión de herrero, por lo que Otto Emil Platt decidió migrar en busca de un futuro mejor. El 8 de septiembre, tras un viaje en tren y carro hasta Hamburgo, se embarcó en el *Auguste Victoria*, vapor en el que cruzó el Atlántico



hasta Nueva York. Lo acompañaba Louis Schultz, viejo amigo suyo, y su intención inicial era la de dirigirse hacia Fall Creek (Wisconsin) junto a sus abuelos, quienes ya habían emigrado el mismo año de su nacimiento. Mientras se aproximaba al puerto de Nueva York, observó deslumbrado desde cubierta cómo los rascacielos de Manhattan se elevaban hacia el cielo. «Faros —pensaba— de su nuevo futuro».

Al llegar a la ciudad permaneció una temporada en la isla trabajando en la licorería de uno de sus tíos. Fue entonces cuando cambió su apellido *Platt* por el de *Plath*. Asistió a clases de inglés hasta que, un año después, ya era capaz de hablarlo, leerlo y escribirlo de manera fluida. Transcurridos varios meses, ya listo para dar el siguiente paso —una educación superior—, pidió dinero a su abuelo John, quien accedió a cambio de que estudiara en el seminario, se ordenase pastor y dedicase su vida a la religión familiar: el luteranismo. Otto aceptó en un principio. En el otoño de 1903 viajó hasta Watertown (Wisconsin), y se inscribió en la escuela preparatoria vinculada al Northwestern College. Allí cursó sus estudios de bachillerato mientras vivía con sus abuelos en Fall Creek. En 1906, se matriculó en Filología Clásica en el Northwestern College y se licenció con honores en 1910. El otoño de ese mismo año comenzó sus estudios en el seminario luterano de Wauwatosa, en el mismo Wisconsin, pero tan solo unas semanas después comenzó a desencantarse debido a la tendencia derechista y conservadora del sínodo.⁴ Cuando se lo dijo a su abuelo, la reacción lo dejó estupefacto: si abandonaba, lo amenazó, las consecuencias serían funestas para él. A pesar de ello, decidió dejarlo, y tal y como ya le había advertido, la venganza del anciano fue severa: Otto fue expulsado de la familia. Castigo que quedó simbolizado con el sorprendente gesto de tachar su nombre de la biblia familiar.

Devastado y aliviado al mismo tiempo, Otto se mudó a Seattle, donde se dedicó a enseñar alemán en la Universidad Heights School y a seguir estudiando inglés en la Universidad del Estado de Washington. Se pasaría las siguientes dos décadas cruzando,

⁴ En la Iglesia protestante, un sínodo es una reunión de pastores en la que se tratan asuntos concernientes a la congregación de fieles.





incansable, el país de una punta a otra, estudiando y enseñando alemán y biología. Comenzó a interesarse por esta última disciplina en Northwestern tras leer a Darwin, y acabó siendo una de sus grandes pasiones. A lo largo de este tiempo adquirió un máster en Artes (Universidad de Washington, 1912), un máster en Ciencias (Universidad de Harvard, 1925), y un doctorado en Ciencias (Harvard, 1928). También enseñó alemán y biología en la Universidad de Columbia, en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, en la John Hopkins, y en las universidades de Washington y Berkeley (California). El 5 de noviembre de 1918 su padre murió a la edad de sesenta y ocho años de un absceso pulmonar en Harney (Oregón), donde trabajaba como granjero tras haber emigrado poco después que él.

Plath obtuvo una residencia en la Universidad de Boston en 1922. Durante la década de los veinte, ascendió en su carrera profesional de docente de alemán y biología a profesor titular. Con los años, se involucró en la investigación en diversos campos de la biología: el cruce de distintas especies de pinzones, el estudio de la conducta de las larvas de mosca que parasitan a las aves, o la observación de las pautas de conducta de los abejorros. Publicó el resultado de sus investigaciones en revistas como *Psyche*, *The American Naturalist*, *Biological Bulletin* o *The Bulletin of the Brooklyn Entomological Society*.

De esta manera, en el otoño de 1929, cuando Aurelia se matriculó como estudiante en la Universidad de Boston, Plath ya tenía más que encauzada su carrera profesional y comenzaba a ser un investigador reconocido en su campo a nivel nacional. Aunque no alcanzó el éxito profesional sin pagar un precio por ello. Debido al carácter itinerante de su profesión y a las interminables horas que dedicaba en laboratorios y bibliotecas, todo lo que tenía que confesar sobre su vida privada en los últimos veinte años era el matrimonio con Lydia Bartz, a la que había conocido en Northwestern a través de un amigo suyo, Rupert Bartz, quien era hermano de ella. La unión solo duró unos meses.